

Para los hombres eres la eterna voz que advierte
Que su existencia es polvo y al polvo volverá.

No importa; que si tornan á germinar las
[flores,
También tras del sepulcro, y orlada de esplen-
[dores
Su eterna primavera el alma encontrará!

DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

OLAS Y AMORES

Lejos, allá muy lejos,
Viéndote estoy, la blanca ninfa, ahora
Constante burladora
Del agua fácil que tu cuerpo hiende,
Y flotas como flotan los reflejos
De la primera luz que el alba enciende
Sobre los surcos de la mar sonora.
El sol, en tanto, asciende
Del cenit á la ardiente cumbre, y raya
Toda inundando la ríscosa playa;
Mas yo no sé decir cuando á mí llega,
Si en las espumas nace que tú apilas,
Ó te roba más bien de las pupilas
El vivo resplandor con que me ciega.

Deja el agua espumosa, sin recelo
De que mi vista tu pudor empañe;
Pues donde quiera que ella te acompañe,
Ha de mirarte como mira al cielo.

Y si fuera por mí, la arena parda
Siempre pisaras en la niebla oculta,
Que por lo mismo que te quiero tanto,
Si otro que yo te aguarda,
Conque él sospeche tu menor encanto,
Ya pienso yo que tu pureza insulta.

Ni hubiera claros días,
En que verte importuno
Lograra otro ninguno,
Ni aun si estuviese en mí, mujer serias,
Sino tan sólo idea
De las que Dios, en su esplendor sereno,
Como lo sumo de lo bello y bueno,
Más para sí que para el hombre crea.

Pero ya que este mundo
Te logra, y mujer eres,
Sigueme al menos, y hallarás, si quieres,
Otro mar en mi ser, vasto y profundo:
¡Un mar para tí á solas,
Con mis transportes de pasión por olas!

¡Cuán triste en estas rocas,
Cuán triste zumba el mar porque te has ido!
Que ya ni su rugosa frente tocas
Con ágil brazo, ni bullendo osada
Su cabellera blanca en dos repartes,
Quedando en medio cual joyel plantada;
Ni ya en girones partes
Con tus caricias locas
Su manto en hondos pliegues recogido,
Y de azul, verde y plata entretejido.

No estás aquí ya, en suma,
Tú que templabas su iracundia impía,
Y el mar convoca la siniestra bruma,
Y á la borrasca llama tronadora
Para azotar de nuevo sus arenas,
Tranquilas ¡ay! un día,
Ó bella nadadora,
Cuando eras de él cuanto de mí señora,
Y juntos arrastrábamos cadenas.

A propósito del matrimonio de la Infanta

DOÑA MARÍA DE LA PAZ

En esas campiñas verdes
Que el Rin orgulloso riega,
El aire azotó algún día
Las españolas enseñas
Que sobre colores varios
Aspas cruzaban sangrientas,
Herencia de Carlos Quinto
Hasta allí guardada ilesa.

No de la Alemania en daño,
Que al Papa rinde obediencia,
Sus banderas y arcabuces,
Sus largas picas enhiestas,
Los viejos tercios de Italia
Trajeron en son de guerra,
Ni al descender de los Alpes
Con el gran duque de Feria,

Ni cuando el Prelado-Infante,
Mal contento con su Iglesia,
Guió de sus escuadrones
Las ordenadas hileras
Á los campos de Nordlinghen
Contra la hueste proterva.

De Nordlinghen, gran Señora,
Del palacio aquel bien cerca
Donde en feliz himeneo
Conlleváis la patria ausencia;
Y ¡oh cuántos recuerdos, cuántos
Cabe su recinto encierra,
Para entusiasmar, sin duda,
Un alma como la vuestra,
De mujer y de española,
De princesa y de poeta!
Preguntad allá sin miedo
Lo que de los vuestros cuentan,
Que aunque la fama no siempre
De justicia es mensajera,
Sé yo que en esta ocasión
Os ha de dar buenas nuevas
Del Infante, de los tercios
Y de su dichosa empresa.

«Aquí, Señora,—os dirán,—
»Veis la colina y la selva
»Que sepulcros rojos fueron
»De la audaz milicia sueca.
»Polvo pisáis de soldados,
»Rayos puros de la guerra,
»Que pasaron cual vos misma
»Sus tempranas primaveras

»Donde presto al Manzanares
»Se bebe su ardiente arena,
»Y cerca del padre Tajo
»Que á Aranjuez, por hijo, besa;
»Cuando no orillas del Ebro
»Y al pie del muro de sierras,
»Que tantos y más que riscos,
»Recios varones engendran;
»O ya del Miño frondoso
»En las pobladas riberas,
»Ó donde su gran Sevilla
»El Guadalquivir ostenta.
»Aquí las tudescas lanzas
»Con austriacas banderas,
»También su poder probaron
»En la larga lid horrenda;
»Mas nunca negaron, nunca,
»Que los valientes no niegan
»De amigos ni aun de adversarios
»Las militares proezas,
»Cuánto al Infante debieron
»Y cuánto á la gente vieja,
»Que tanto tiempo de España
»Mantuvo en pie la grandeza.»

Hoy, Señora, ni en las armas
Es ya tal la gloria nuestra,
Ni dar de amistad podemos
Á Alemania iguales pruebas;
Pero mucho que le damos
Con daros á vos, Princesa;
Paz en el nombre, y de paz
Dulce y perdurable prenda.

DON ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura
Esta pasión comunicarte ansío:
Mas ¿qué palabras hallaré, bien mío,
Que no haya profanado la impostura?
Penetre en tí callada mi ternura,
Sin detenerse en el menor desvío:
Como rayo de luna en claro río,
Como aroma sutil en aura pura.
Ábreme el alma silenciosamente,
Y déjame que inunde satisfecho
Sus regiones, de amor y encanto llenas...
Fiel pensamiento, animaré tu mente;
Afecto dulce, viviré en tu pecho;
Llama suave, correré en tus venas.

Á UNA BAÑISTA

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera
Que tu cuerpo interrumpa su llanura

Y rodear tu espléndida hermosura
De un abrazo y á un tiempo toda entera!
Si yo en sus aguas infundir pudiera
El alma ardiente que adorarte jura,
En muestra de mi amor y mi ventura
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.
Y, al descender con mi tesoro, ufano,
Convirtiendo la líquida montaña
En olas que anunciaran mi alegría,
En las costas del reino lusitano,
Y en África, y América, y Bretaña,
Mi grito de placer resonaría.

MIS DESEOS

Quisiera adivinarte los antojos,
Y de súbito en ellos transformarme;
Ser tu sueño, y callado apoderarme
De todos tus riquísimos despojos:
Aire sutil que con tus labios rojos
Tuvieras que beberme y respirarme:
Quisiera ser tu alma, y asomarme
Á las claras ventanas de tus ojos.
Quisiera ser la música que en calma
Te adula el corazón: mas si constante
Mi fe consigue la escondida palma,
Ni aire sutil, ni sueño penetrante,
Ni música de amor, ni ser tu alma,
Nada es tan dulce como ser tu amante.

LA CITA

¡Es ella!... Amor sus pasos encamina...
Siento el blando rumor de su vestido...
Cual cielo por el rayo dividido,
Mi espíritu de pronto se ilumina.

Mil ansias, con la dicha repentina,
Se agitan en mi pecho conmovido,
Cual bullen los polluelos en el nido
Cuando la tierna madre se avecina.

¡Mi bien! ¡mi amor!: ¡por la encendida y clara
Mirada de tus ojos, con anhelo
Penetra el alma, de tu ser avara!...

¡Ay! ¡ni el ángel caído más consuelo
Pudiera disfrutar, si penetrara
Segunda vez en la región del cielo!

Á SARA

Noé, segundo Adán de los mortales,
De turba irracional acompañado,
En el arca famosa anduvo á nado
Hasta que vió pacíficas señales.

En la ausencia, que es arca de mis males,
Me encierran tu rigor y desagrado,
De mil remordimientos acosado,
Que son los más feroces animales.

Con esta carta, á guisa de paloma,
Timidamente me aventuro, y pruebo

Si se ha calmado el mar de tus enojos...
Dímelo por piedad: que, si no asoma
La pacífica oliva, no me atrevo
Á presentarme á tus divinos ojos.

Á ISABEL

De Málaga la tierra encantadora
Puso en tu frente cuantas rosas cria,
Y el espléndido sol de Andalucía
En tus ardientes ojos se atesora.

Cuando la risa endulza y aminora
El rayo audaz que tu mirada envía,
El alma se estremece de alegría,
Bañada en luz de la primer aurora.

Un espejo te mando...— ¡Error profundo!—
Si al retratarte, el gozo te despierta
De admirar en tu rostro un paraíso,

Mustio después encontrarás el mundo,
Y temo que el espejo se convierta
En la encantada fuente de Narciso.

MI PENSAMIENTO

(EN MIS DÍAS)

Bendigo el pensamiento, que no cesa
De abrasarse en tus ojos seductores,
Y alado, como el dios de los amores,
Siempre á tu oído mi pasión te expresa:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Que te sigue constante, y se embelesa
En vagar por las hojas de tus flores,
Y te abraza, á pesar de tus rigores,
Y cuanto más te enojas, más te besa.

Pájaro que del vuelo sostenido
Gime cansado, reposar ansia
Entre las pajas del oculto nido...
¡Oh Madre del Amor! En este día
Confúndanse en un trémulo gemido
Mi pensamiento y la adorada mía.

AL OÍDO

Déjame penetrar por este oído,
Camino de mi bien el más derecho,
Y en el rincón más hondo de tu pecho
Deja que labre mi amoroso nido.

Feliz eternamente y escondido,
Viviré de ocuparlo satisfecho...
¡De tantos mundos como Dios ha hecho,
Este espacio no más á Dios le pido!

Ya no codicio fama dilatada,
Ni el aplauso que sigue á la victoria,
Ni la gloria de tantos codiciada...

Quiero cifrar mi fama en tu memoria;
Quiero encontrar mi aplauso en tu mirada;
Y en tus brazos de amor toda mi gloria.

Á UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo
Jugaba ante mi vista complacida:

Yo, con mano dichosa y atrevida,
De un espacio mayor levanté el velo.

Bella columna descubrió mi anhelo,
Por los mismos amores construida,
Como, del recio vendaval movida,
Se abre la nube, y se descubre el cielo.

Detenido en las puertas de la gloria,
Aguardo á que el amor quiera propicio
Dilatar en sus reinos mi victoria.

Y hoy, recordando tan gallardo indicio,
Mil veces se complace mi memoria
En dibujar completo el edificio.

PLEGARIA

¡Dame, Señor, la firme voluntad,
Compañera y sostén de la virtud;
La que sabe en el golfo hallar quietud
Y en medio de las sombras claridad:

La que trueca en tesón la veleidad
Y el ocio en perenal solicitud,
Y las ásperas fiebres en salud,
Y los torpes engaños en verdad!

Y así conseguirá mi corazón
Que los favores que á tu amor debí,
Te ofrezcan algún fruto en galardón...

Y aun tú, Señor, conseguirás así
Que no llegue á romper mi confusión
La imagen tuya que pusiste en mí.

DON VICENTE BARRANTES

CACHORRO ENTRE LEONES

Taciturno, paso á paso,
Vuelve ya por sus jornadas
Vasco Núñez al Darién,
Requerido de Pedrarias.
Ni á turbar sus pensamientos
Se atreven con sus palabras
Los jinetes y peones
Que al adalid acompañan.
Cuando cruzó por los Andes,
Sus caciques y curacas
Le recibieron con fiestas,
Le despidieron con lágrimas;
Que está Vasco Núñez triste,
Y la tristeza contagia.
Cata que en el cielo asoma,
Cuando menos se lo cata,
La estrella que micer Codro
Anunció para él aciaga...
Él desprecia al estrellero,
Pero la estrella le espanta.—

Al llegar á la ciudad
Sube de punto su alarma;
Que está la gente de guerra,
Y las calles barréadas,
Y con la espada en el puño
El capitán que la manda.—
Pára el corcel Vasco Núñez
Y de este modo le habla:
—Señor Francisco Pizarro,
Mi paisano y camarada,
¿Qué recibimiento es este
Con aprestos de batalla?
En vuestro rostro adivino
Que me traéis nuevas malas.
—Os traigo tan malas nuevas,
Que á par me duelen del alma...
Orden de llevaros preso
Al gobernador Pedrarias.
—¡Preso yo, que vengo á bodas
Con su hija mayorazga,
Si el Obispo del Darién
Me la trajo ya de España!
¡Yo, Adelantado del Sur
Por cédula soberana,
Gobernador en la costa,
Como en Tierra firme él manda!
—Ni del Obispo hay noticia,
Ni ya de boda se trata,
Que el viejo, hecho un basilisco,
Todo es fieros y amenazas.
—¡Miren la carta de dote
Que mi suegro me prepara!

¡Negra cárcel para alcoba!
¡Cadenas en vez de arras!
Aquí, rompiendo la fila,
Un doncel de recia estampa,
Con más rayos en sus ojos
Que una tormenta africana,
Plantado enfrente de Vasco
Le endereza estas palabras:
—Si tienes sangre extremeña,
Y aquella enjundia y entraña
De los que vencen al toro
En las silvestres cañadas
Que á Portugal y á Castilla
Hacen linde y ponen raya,
Manda noramala al viejo,
Y á la novia noramala,
Y noramala al Obispo,
Que en traerla tanto tarda;
Que él andará echando kiries,
Y ella haciéndose la maula,
Mientras nos come á nosotros
Misericordia, impaciencia y rabia.
Llévanos, Vasco, al Perú,
Mal que le pese á Pedrarias;
Que aquí hay cincuenta extremeños
Prontos á ir donde tú vayas,
Tales, que en cualquier empresa
Con ellos basta y rebasta.
Discurso tan desatado,
Tan fiero golpe de audacia,
En vez de espanto en la gente
La puso arremolinada,

Diciendo con sus murmullos
Los del una y la otra banda,
Que por los labios del mozo
Sus pensamientos hablaban.
—¡Buen cachorro estáis criando,
Que muerde á la par que ladra,
Y en pescuezo y en morrillo
Á voces pide carlanca!
Dijo Vasco al mensajero
Que su suegro le enviaba,
El cual á entrambos oía
Con honda emoción extraña;
Que en mentándose el Perú
Los ojos se le saltaban.
Luego, imponiendo silencio
Con una grave mirada,
—Gonzalico, Gonzalico
(Replicó al doncel de marras),
Ni tú sabes lo que piensas,
Ni tú piensas lo que hablas,
Que, Pizarro al fin y mozo,
Como flecha te disparas.
Yo he venido al Nuevo Mundo
Por mi Dios y por mi patria,
De tierra de caballeros
En que es Jerez extremada,
Y á ley de caballería
No he de volver las espaldas
Ni á injusticias de la suerte,
Ni á flaqueza alguna humana.
—¡Voto á bríos!—gruñó Gonzalo,
Perdiendo respeto y calma —

Para tal virtud, no hay tierra
Que pisar en estas playas.
Mientras en vez de virtudes
Acero y hierro no traigas,
Vendrán con sus lindas manos
Bachilleres y garnachas
Á vendimiar esta viña
Con nuestra sangre regada...
¡Voto á bríos! ¡si aun queda sangre,
Callen cartas y hablen barbas!
¿Se han de meter forasteros
Á gobernar nuestra casa?
¿Quién hizo á nuestra ciudad
Del istmo emporio y sultana
Que en vez de Santa María
Debiera llamarse Vasca?
Tú, gobernando con honra;
Tú, administrando con maña,
Y siendo á los indios padre
Y á nosotros camarada.
Por tí somos ya milicia
Los que éramos chusma y taifa,
Y tenemos arcabuces
Y algunos caballo y lanza.
Para dar la vuelta al mundo
Camino Colón buscaba,
¡Y tú, que lo has encontrado,
Que te lo cierren aguantas!
Tú, en los Andes el primero,
Émulo al condor y al águila
¡Vas á caer de la zorra
En las miserables garras!...

Ni de estrellas ni de magos
Haz cuenta... si no es contraria,
Que, hembras al fin, las estrellas
Gustan de verse violadas.
¡Ah, Vasco, Vasco, si yo
En tu pellejo me hallara!
Berrocales de Trujillo,
Compañeros de mi infancia,
No temáis que aquel Pizarro
Se ablande como pizarra.
Donde yo ponga mi tienda,
Donde yo siente mi planta,
Han de arrancarme... de cuajo,
No hoja á hoja y laja á laja.
—Basta, que ya es villanía
Oír propuestas villanas—
Grita Vasco, revolviéndose
Del corcel sobre las ancas,
Y á par en ambos ijares
Ambas espuelas le clava.—
¿Quién presuroso no acude
Si el Gobernador le llama,
Que manda aquí por el Rey,
Que en todos nosotros manda?
¡Señor Francisco Pizarro,
Llevadme preso á Pedrarias;
Que el que no teme, no debe,
Y Cristo á todos nos valga!

DON JOSÉ NAVARRETE

Á CONCHA

I

Soy yo amigo de una Concha
Más rica que las de nácar,
Que tiene conmigo cuenta
Y yo peno por saldarla:
Dos años lleva vestida
De traje largo; es delgada,
Pero llenita: su seno
Montes de nieve delata:
Tiene grandes trenzas rubias,
Y bonitos pies, que calza
Con unas botas marrón
De tafilete, escotadas
Por el empeine, y el verlos
Es tomar opio; embriaga.
Á mí me da por las manos,
Y las suyas, conservadas
Regiamente, son preciosas,
De la clase estrecha y larga,

Con hoyuelos en el dorso
Y como las perlas, blancas.
Sus ojos son diccionarios,
Su sonrisa una gramática,
Sus dientes mi desvario,
Su talle un junco, y es alta.
Mis labios besan su frente:
Tal sin error, es su talla.

Nació Concha respirando
Azahar, en la hermosa patria
Del que se murió sin ver
Del Betis la mejor gala
Para pintar una Virgen
De las Conchas que eclipsara
Cuántas la gente venera;
Es resumiendo muy guapa,
Y tiene un novio de tropa,
Y ese novio á mí me carga.
Le hablé de sustituirlo
Y Concha dijo que estaba
Perpleja; pero que como
Le cantase yo mis ansias
De amor en ritmo poético,
Tal vez ella despachara
Al cuartel al militar
Y me cediese la palma
Por la reja, cualquier noche
De luna, envuelto en la capa
Yo con el hongo á la ceja,
Y ella de ligera bata
Rebujada en un mantón,
Rebelde siempre á taparla.

II

Sal á la reja, Conchita;
No se percibe en la casa
Más sonido que en la fuente
El rumoroso del agua.
Deja cautelosa el lecho
Y las escaleras baja;
No tiembles, el patio cruza
Sin que se enrede tu falda
En las varas de los nardos,
Ó un tiesto vuelques de albaca
Y tu madre se despierte;
Después, el pestillo alza
De las vidrieras, y cuando
Tímida las entreabras,
Te encontrarás con tu Pepe
Despidiendo llamaradas
Sus pupilas, sus orejas
Ardientes como una fragua,
Su corazón redoblando
Mas que un tambor, y sus canas
Gritándole: ¡Viejo verde!
Viejo ridículo, aparta!
Conchita no las escuches,
Que la experiencia es muy sabia,
Sobre todo en amoríos,
Y á la segunda palabra
Que hables conmigo, no hay pollo
Á quien tu pico de gracia
Le dé mejor que á este gallo

Sus frases más regaladas.
Yo te explicaré el misterio
Por qué se funden dos almas,
Y esclavos los cuerpos de ellas
Manos con manos enlazan,
Y ¡ven! se dicen las bocas,
Y se besan las miradas,
Y la razón se conturba,
Y las mejillas se inflaman,
Suspiros brotan del pecho
Y los corazones saltan.
Deja que tus manos bese;
¡Qué aroma tan rico exhalan!
Vete y abre la cancela,
Entra en el zaguán y palpa
La puerta por si la llave
Y el cerrojo la afianzan,
Y da vuelta á la primera,
Descorre el segundo y ábrela;
Que aún no disipan la sombra
Las crepusculares ráfagas,
Ni en la calle se vé un bulto
Y el sereno lejos canta.

III

¡Pero debe ser más tarde!
¡Serenos y ojos me engañan!
¡De tibia luz la azucena
De tu frente está bañada,
Y gotas hay de rocío
En las rosas de tu cara!

¡Luz y gotas bendecidas,
Manifestaciones sacras
De que el sol de las virtudes
Radiante mora en tu alma!
Corre al zaguán, y á la puerta
Echale la férrea tranca,
Por si con llave y cerrojo
No estuviese bien guardada.
Adiós: no me des la mano
Y enjuga esas dulces lágrimas;
De mi nombre en tu memoria
No más conserves la mancha,
Que el aire crudo de Enero
El tierno pimpollo abrasa;
Que dará sombra la encina
A las flores delicadas,
Pero sus caricias nunca,
Pues son muy duras sus ramas;
Que la experiencia en amores,
Suele más bien ser infamia.

DON MIGUEL COSTA

EL PINO DE FORMENTOR

Electus ut cedri.

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera:
De cedro es su ramaje, de césped su verdor;
Anida entre sus hojas perenne primavera,
Y arrostra los turbiones que azotan la ribera,
Añoso luchador.

No asoma por sus ramas la flor enamorada,
No va la fuentecilla sus plantas á besar;
Mas bñase en aromas su frente consagrada,
Y tiene por terreno la costa acantilada,
Por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,
No escucha débil trino que al hombre da placer;
El grito oye salvaje del águila marina,
Ó siente el ala enorme que el vendaval domina
Su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;
Retuerce sus raíces en duro peñascal.
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento